

Diablotexto *Digital*



JESÚS MONTIEL: *EL AMÉN DE LOS ÁRBOLES*.
Granada: Esdrújula, 2019, 61 pp.

RAÚL E. ASECIO NAVARRO
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Jesús Montiel (1984) vive en la linde de Granada con la sierra. Cuando mira por la ventana sus ojos van a dar con el monte, con sus árboles y sus pájaros. A la ventana acude a diario, o eso confiesa en el libro, después de cada comida, a echar la sobremesa con sus vecinos los plátanos, aquellos “doce sabios acorralados entre el río y la colina” (p. 9). *El amén de los árboles* es el resultado de ese *diálogo* contemplativo con la naturaleza, pero también con su intimidad doméstica y familiar. Aquí Montiel continúa con la elaboración del diario poético que ya inició en *Notas a pie de instante* (Esdrújula, 2018), donde, de nuevo, el corsé del verso endecasílabo de poemarios como *Memoria del pájaro* (Premio Hiperión 2016) se hace aforismo, versículo y poema en prosa.

Durante su presentación en Madrid, en la librería Ontanilla, dijo que había encontrado en esta escritura una “nueva casa” en la que se sentía más cómodo, una nueva forma de hacer lo que ya hacía en sus poemarios, es decir, posar la mirada sobre el mundo para más tarde llevar a la poesía su asombro. Pero, aunque la voluntad sea la misma, no es igual el resultado. Y es que la métrica esconde en su naturaleza el artificio adicional de encajar las sílabas en los versos, ejercicio que, inevitablemente, obliga a distanciarse del texto. Dicho de otro modo, cuando el poeta negocia el verso con el poema debe aplicarse cierta contención porque, de primeras, lo que quería decir no cabe en el verso.



O al revés, este le queda grande y ha de rehacer, reformular y rearmar las oraciones hasta que todas ellas encajen como piezas de un puzle. Esta delicada tensión entre el discurso del poeta y el corsé de la métrica obliga a la concreción y eso, de vez en cuando, ayuda a prescindir de algún que otro arranque de sentimentalismo excesivo. No en vano traía la metáfora del corsé para referirme al endecasílabo: la métrica deforma, estiliza e impone rigidez.

El ritmo de publicación de Jesús Montiel se ha ido intensificando con el tiempo. El año pasado publicó *Notas a pie de instante* y *Sucedirá la flor* (Pre-Textos). En lo que llevamos de 2019 ya ha salido este *El amén de los árboles* y, por lo que contó en la presentación, quedan dos más, de los cuales se sabe de uno de ellos que será una biografía poética de Robert Walser, que aparecerá en Pre-Textos y que se titulará *Señor de las periferias*. Del tercero solo conocemos el anuncio de su publicación. En cualquiera de los casos, resulta por lo menos llamativo que estas últimas obras cultiven la prosa, máxime cuando todos los libros que había publicado antes de 2016 habían sido poemarios.

Para explicar este salto habría que poner la atención en 2017, año fronterizo en su forma de escritura y, al mismo tiempo, año de transición, dado que en su trascurso no llega a las librerías ninguna obra propia. Sin embargo, sí lleva a cabo una publicación que, como veremos, será crucial. Me refiero a la traducción que hizo de *Resucitar* (Encuentro), del francés Christian Bobin, autor al que admira y al que lleva leyendo muchos años de manera recurrente. Y decía crucial porque en *Resucitar*, al igual que gran parte de la obra de Bobin, está compuesta a modo de antología de anécdotas, de aforismos, de observaciones y de brevísimos ensayos movidos todos ellos por un misticismo contemplativo. Montiel —y no lo afirma quien escribe estas líneas, sino que el autor lo ha reconocido en múltiples ocasiones— descubre en esta bobinesca manera de hacer aquella “nueva casa” de la que hablaba en Ontanilla. Un nuevo habitáculo literario que hallaba su justificación en dos motivos. El primero no es otro que la ya comentada libertad formal que ofrece la prosa. El segundo, en cambio, obedece a lo que él llamo su “vocación de lectores”. Según sus impresiones, la prosa, de primeras, es siempre menos intimidante para el público general y más accesible que las torres de versos.



En *El amén de los árboles* ahonda en su fascinación por aquellos plátanos y por aquellos gorriones que ve desde su ventana. Los admira y los retrata como gigantes ascetas que se encuentran en el mundo sin queja ni pataleta como verdaderos cartujos. La mira y los vuelve a mirar y se declara su discípulo: “Cada árbol es un manual de instrucciones para alcanzar la santidad” (p. 22) o “llevo años en clase de árbol y todavía no he conseguido el aprobado” (p. 31). Los árboles son, al tiempo, una suerte de referencia a través de la cual se enfrenta al mundo. A la invitación tranquila de la sierra opone el ajetreo gris de la ciudad y las prisas de los madrileños. Al silencio inquebrantable de los árboles enfrenta la burocracia universitaria y el ensordecedor cacareo de los ambientes poéticos. Y a la generosidad de esos plátanos que alargan sus ramas para dejar que los pájaros se posen en ellos confronta el funcionamiento de la política y los medios de comunicación:

Este domingo he cometido un pecado gravísimo: a la hora de saber qué pasa en el mundo, me he fiado antes del periódico que de los árboles del barrio. Asomarse al periódico antes que a la ventana: así comienza el fin del mundo. (p. 21)

Intercalados a las palabras que les regala a los árboles están otros asuntos a los que ya le ha dedicado su tinta anteriormente. Vuelve aquí a relatar su obsesiva búsqueda de soledad y silencio y a traer anécdotas sueltas de la vida en familia, algunas demasiado explícitas, al tiempo que van cobrando importancia otros temas que sí son expuestos con sutil tino y una belleza sencilla. Son los comentarios de las obras de Santa Teresa de Ávila, Clarice Lispector, Emily Dickinson, Flannery O’Connor o Wislawa Szymborska y sus reflexiones sobre su poética y sobre el oficio de la escritura. Cierro estas líneas con una de ellas:

De niño, en invierno, me gustaba arrastrar la manga del jersey sobre el cristal para ver a través del vaho. La escritura es algo parecido a ese gesto infantil. A través del folio miro lo imposible. (p. 32)